

DISCURSO DE INCORPORACIÓN
DEL R. P. Fr. DOMINGO ANGULO

Excmo. Señor ;

Señoras ;

Señores :

Un sentimiento de confusión y un agradecimiento muy intenso embargan hoy mi espíritu por verme en medio de vosotros, que sois los escudriñadores de nuestras glorias patrias. Nada soy mas que un niño para figurar entre hombres que representan madurez y brillo de eximios eruditos. ¿Qué luces podrá dar la pobre luciérnaga de la selva al Sol que alumbra los espacios?

Esta misma pequeñez mía aumenta mi agradecimiento á vosotros, por la dignación con que habéis querido elevarme hasta vuestra altura. Sois el gigante que en sus brazos toma al tierno infante para mostrarle el ancho horizonte. Si entro en el seno de tan ilustre Instituto, es en calidad, no de maestro, sino de discípulo, como un estudioso bedel que desde la puerta del aula aplica el oído á las enseñanzas del sabio catedrático.

Con la frente inclinada y el corazón enternecido acepto el honor que os habéis dignado dispensarme, no para engreírme con él sino para que sirva de lustre al hábito de mi Orden, para el cual, como dominicano y como peruano, anhele

todo linaje de gloria, porque es el hábito de Las Casas, Loayza, San Martín, Navarrete, Santo Tomás, Hojeda y Meléndez, astros que eclipsaron al mismo sol de los Incas.

Duplicase mi gratitud hacia vosotros porque al incorporarme á este Instituto me hacéis gozar las delicias que el estudio de la Historia proporciona. Pues que si la Historia es una gigantesca circunferencia que abarca la redondez de la tierra, todos los pueblos y todos los tiempos, el historiador es el punto céntrico donde vienen á unirse los radios de este gran círculo.

Es para el mundo entero como la bandera de la nación donde flamean todas sus glorias, los triunfos de sus ejércitos, la sabiduría de sus maestros, las galas de sus artistas, la honradez de su pueblo y la sangre hidalga de sus ciudadanos.

Es punto de cita donde se encuentran para abrazarse los siglos que pasaron cargados de laureles y los siglos que les suceden matizados por la fantasía de multiformes arreboles, de ensueños de mayores bonanzas. Es el regaso donde el anciano venerando, lleno de días y de méritos, estrecha á los pimpollos que han recibido su sangre y su nombre para perpetuarlos con crecimiento de honra.

En el sagrado Panteón donde se tributa culto á todo lo que es irradiación de la divinidad, cuyas páginas son otros tantos retablos en que al vivo se destacan los santos con sus nimbos celestiales, los guerreros, los sabios, los artistas con los símbolos propios de su gloria.

Es como altísima atalaya desde la cual se vé nacer el género humano y salir lloroso de entre las enramadas del Edén, y difundirse las familias por los cuatro puntos cardinales de la tierra, llevando al lomo del camello sus viviendas y delante los rebaños de ovejas que les proveen de alimento y de vestido en su vida nómada y errante. De allí se contempla cómo surgen los grandes imperios de los Asirios, Persas, Macedonios y Romanos, cayendo unos tras otros en el polvo, para sucederles gentes extrañas con sus dioses, leyes y lenguas hasta cambiar la faz de la tierra.

Como procesión macabra de esqueletos gigantes se ven pasar Nabucos y Ciros y Alejandros y Césares de Oriente y de Occidente, con sus ejércitos que hacían temblar la tierra,

con sus alcázares voluptuosos, con sus anfiteatros ensangrentados, con sus Cleopatras y Mesalinas, con todo su cortejo nefando de abominaciones.

De ahí se divisa, á la luz de la conjunción de los astros, en la noche más memorable de los siglos, la aparición de un Niño, que los poetas y las sibilas y los druídicos oráculos habían vaticinado, entre cánticos de ángeles y ofrendas piadosas de pastores y de reyes, el cual renueva el mundo en todos sus órdenes: religioso, político, social, moral y científico y lo encauza en dirección á su supremo fin.

Y se columbra desde la dicha atalaya, cómo después de tantos siglos de ignorancia geográfica del orbe terráqueo, un soñador ó adivino, un apellidado loco, pero con locura sublime, viene sobre el dorso de ignotos mares de Oriente á Poniente, buscando ruta para la gran Tartaria y encontrándose, en premio de su fe y de su arrojo, con el mejor de los mundos, de ríos cual mares, de sierras cual pilares del firmamento, de pampas dilatadas y barrancos formidables y oro y plata centelleando en la corteza de la tierra: nuestra amada América, señores. Fué aquel el momento más solemne de la historia humana, después de la Encarnación del Verbo, en que dos mundos gemelos que se desconocían, se abrazaron y el oriental derramó su fe y su civilización sobre el occidental, y el occidental envió al oriental sus riquezas, sus ambrosías y sus virginales amores. Desde entonces, el que era desconocido oasis del mundo, vino á ser blanco donde se enfocaron las miradas de todas las viejas naciones, como si de acá esperaran recibir ondas de sangre juvenil que detuvieran su decrepitud. Desde aquella fecha, sin desdeñar los restos de nuestras primitivas civilizaciones, empezamos á emular á los afamados artistas, pintores, escultores y poetas de Grecia y de Roma, y supimos sentarnos sin desdén en la Asamblea de los grandes sabios de Oriente, y como la juventud á la vejez, llegará día en que la América aventaje á la Europa, y la Europa si es madre de entrañas, al encontrarse bajo el peso de la longevidad, se gloriará de ver que la humanidad retoña vigorosa y gallarda en las naciones de los Incas y los Aztecas.

Descorrer el velo, por lo que al Perú se refiere, de nuestros orígenes, población, leyes y cultura anteriores á la conquista; descifrar nuestros monumentos con sus geroglíficos;

estudiar las fuentes y las analogías de los idiomas de nuestra nación; penetrar en las cavernas para ver si los muertos nos revelan alguna semejanza con las momias de los pueblos primitivos que conoce la historia; seguir paso á paso la marcha y las hazañas de tan contraria índole, de los conquistadores guerreros y de los conquistadores apostólicos; formar una galería de los personajes que en cuatro siglos ilustraron esta porción del globo con la aureola de la santidad, con la toga del letrado ó con el laurel de los hijos de Marte; tal es el encargo honroso y patriótico que el Instituto Histórico del Perú se ha impuesto.

Serán bloques de este soberbio monumento las particulares historias y monografías que sucesivamente se irán publicando, entre las cuales debe citarse como principalísima la Historia completa del P. de Las-Casas sobre el descubrimiento de las Indias, que, según noticias, se está imprimiendo por la casa editorial de Hernando en Madrid.

Las Casas, el hombre más amante y bienhechor que pisara el Nuevo Mundo, al cual consagró sin reserva cerca de sesenta años de sacrificios y de protección paternal; para quien eran los naturales de las tierras descubiertas los hombres más morales, dulces y dóciles del mundo conocido, hasta sospechar si por este hemisferio habría estado situado el Edén de Moisés y de los poetas orientales; el hombre escogido por la Providencia para ser el terrible acusador de las demasías de los armados y de las codicias de los encomendados, ante los bondadosos reyes de España y los arteros miembros del celebre Consejo de Indias, así como el paño de lágrimas de los naturales oprimidos y esclavizados, y como el portaestandarte de las falanges de misioneros, principales autores de la civilización americana: ese sér en todo extraordinario, de ciencia asombrosa, de erudición que pasma, cuyo cerebro parecía depositario de cuanto se había escrito en todos los siglos y en todas las naciones, sin poderse uno dar cuenta de dónde y cómo la adquirió, pues bien sabemos que pasó casi toda su vida como errante por las selvas y las pampas y las sierras de este Nuevo Mundo en busca de almas que redimir; ese hombre en todo gigante nos dice en la parte de la *Historia del descubrimiento de las Indias* publicada en Madrid el año 1875, que se proponía contar cuanto notable ocurrió



en la conquista hasta la reducción de las gentes de México y del Perú.

Su obra, una vez publicada íntegra, será, señores, una revelación, y hará una revolución en la historia de América. Leyéndola nos vendrán ganas de derribar muchas estatuas á hombres funestos levantadas, y de borrar más de un nombre del catálogo de los hombres célebres, y en cambio surgirán héroes que el polvo levantado por las luchas y las nubes formadas por la codicia han dejado en la oscuridad, si no en el descrédito. Bastaría para prueba saber la inquina con que el Consejo de Indias le miró y las pesquisas que para hallar y arrebatár sus manuscritos practicó y la necia minuciosidad que en recoger los ejemplares de su opúsculo sobre la *Dstrucción de las Indias* empleó; porque á decir verdad, era el Consejo de Indias enemigo sobornado y bien pagado por los devastadores de los pueblos descubiertos, y Las Casas el fiscal severo de esa corporación de intrigantes, á la cual acusaba ante los monarcas y flagelaba en sus libros.

A Las Casas debemos lo que, perdido el *Diario* de Colón, jamás el mundo sabría: amarguras y esperanzas, desalientos y bríos del Almirante desde su salida de Palos hasta el hallazgo del nuevo Continente, las millas verdaderas y las simuladas que cada día navegó, la dirección que por los desconocidos mares llevó y los júbilos de su alma cuando clavando en las costas descubiertas el lábaro de la cruz y el pendón de Castilla, tomó posesión de este mundo en nombre de la civilización y de la religión cristiana.

Por ser tantas y tan atroces las crueldades de nuestros conquistadores con los sencillos indios, por él referidas, se le acusó de injusto y de envidioso de las legítimas glorias españolas, diciendo de él que era francés y como francés escribía. ¡Un francés cuya familia contaba dos siglos y medio de arraigo en España! Algunos historiadores que jamás estuvieron en América y que tejieron no pocos de sus relatos por lo que á los mismos aventureros y encomenderos vueltos de acá á España habían oído, osaron, así mismo, contradecirle, achacándole exageraciones de su amor al indio y calificando de tragedias fantaseados por él, las narraciones de hechos á todas luces horripilantes. Ni en el alma de ese hombre á quien

las crónicas, nunca adulatoras de su Orden, tributan el título de Venerable, podían entrar la envidia, ni la injusticia ni la mentira; ni las fuentes de su historia pueden por nadie ser jamás tachadas de impuras. Tres son los géneros de testimonios sobre que funda sus narraciones: sus propios ojos, que estuvieron siempre clavados en los conquistadores hasta llegar á las costas del Pacífico; las narraciones de hombres graves, testigos presenciales de los acontecimientos que él no había contemplado, y las piezas de los procesos mandados formar por orden de los reyes de Castilla para averiguar crímenes y castigar á criminales. Tales son los datos sobre los cuales compuso su gran historia, ratificada en la verdad por sus hermanos los frailes Predicadores y por todos los hombres de corazón sano, la cual quiso él que no se publicara hasta pasados cien años de la conquista, sin duda para no avergonzar á las familias de los creídos titanes immaculados é inmortales.

Es tan gigantesca y gloriosa la figura de ese enamorado Padre de los indios, que nada excesivo harían las naciones de la América latina, si en la cúspide más empinada de los Andes le levantaran colosal estatua, á donde no pudieran llegar las venganzas ultramarinas de los maltrechos por sus recriminaciones, y donde pudiera ser de los pueblos de allende y aquende la Cordillera, mirada, bendecida y venerada.

Hecha mención de este hombre incomparable y de su historia, nada más que en parte conocida, permitidme formular una reseña bibliográfica de otras historias particulares del Perú, cuya reimpresión es de absoluta necesidad en orden á la acumulación de materiales con que ha de ser construída la obra magna de la historia de nuestra Nación.

Al ocuparnos en el presente discurso de los historiadores del Perú, queremos dar el primer lugar al Inca Garcilaso, si nó el más antiguo en el orden cronológico, el más célebre, sin disputa, de nuestros historiadores, y el más simpático acaso, por ser en su origen el tipo de las razas conquistadora y conquistada, circunstancia que él mismo parece manifestar, cuando tanto se empeña en halagar á unos y enaltecer á otros en éste ó aquél pasaje de sus *Comentarios Reales*. Fuerza es confesar que ésto mismo le dá en más de una ocasión el carácter de fabuloso, parcial, apasionado é injusto,

capitales defectos que logra encubrir con la singularidad de su estilo, con la curiosa minuciosidad de sus noticias, y en general, con aquel interés fantástico y arabesco que despierta su lectura. Con todo, juzgo demasiado severa la crítica que de los *Comentarios Reales* hace Menéndez Pelayo: "La autoridad del inca Garcilaso, dice, anda ahora por los suelos, y casi ningún escritor serio se atreve á hacer caudal de ella". No, ciertamente, no es acreedor nuestro laborioso compatriota á tan acerba censura, sobre todo si se trata de la Segunda parte de su Historia, en donde es menester convenir que la mayoría de los hombres de la conquista, aparecen con su propio tinte, como bien lo notó Jiménez de la Espada.

Por lo demás, la importancia de los *Comentarios*, no ha menester de comentario; bástenos tener en cuenta las repetidas ediciones y traducciones que de ellos se han hecho en las tres centurias que cuentan de existencia. Publicóse la Primera Parte en la ciudad de Lisboa, el año de 1609, en casa de Pedro Craesbeek:

Primera Parte de los | Comentarios | Reales | que tratan del origen de los Incas, Reyes qve fve | ron del Perv, de su idolatria, leyes y | gouierno en paz y en guerra: de sus vidas y con | qui Stas y de todo lo que fué aquel Imperio y | Su República, antes que los ESpañõ | les passaran á el | Escritos por el Inca Garcilasso de la Vega, natural del Cozco, | y Capitan de Su Magestad | Dirigidos á la Serenissima Prin | cesa Doña Catalina de Portugal, Duquesa | de Bargaça &c.—Con licencia de la Sancta Inquisición, Ordinario y Paço | En Lisboa, En la officina de Pedro Craesbeek | Año de MDCIX".

(264 hojas en folio á dos colms. con su respectivo colofón en la última página. Todas las aprobaciones y licencias están fechadas en Lisboa. Ostenta en la página siguiente á la *Tabla de capítulos* el escudo de los duques de Feria y del Infantado).

Vió la luz la Segunda Parte en la ciudad de Córdoba, donde Garcilaso residía, el año de 1617, y cierto que corrió grave peligro de quedar inédita, como que murió nuestro autor cuando la obra estaba en prensa:

"Historia | general del | Perv | trata del descvbrimiento dél; | y como los ganaron los Españoles. Las guerras ciuiles | que huuo entre Piçarros y Almagros | sobre la partija | de la

tierra. Castigo y leuantamiento de tiranos y | otros Sucessos particulares que en la Histo|ria se contienen. | Escrita por el Inca Garcilasso de la | Vega, capitan de Su Magestad etc. Dirigida á la limpissima Virgen | María Madre de Dios y Señora nuestra | Con privilegio real | En Córdoba. Por la viu-da de Andres Barrera y á su costa | Año M.DCXVIII.

(Folio, 300 hojas á dos colms. fols).

La segunda edición de la obra entera de Garcilaso se debió á González Barcia, quien la sacó á luz en Madrid el año 1722, "aumentada y añadida" con la vida de Titu-Cusi Yupanqui, el último inca de Vilcabamba.

Se publicó en Madrid la tercera edición en los años de 1800 y 1801, en la imprenta de Villalpando, en trece volúmenes en 12.º, precedidos de un prefacio laudatorio del propio editor.

La cuarta y última edición española de la obra de Garcilaso salió en Madrid el año de 1829, en 4 volúmenes en 8.º en la imprenta de los hijos de Dña. Catalina de la Piñuela, etc.

Más numerosas anduvieron las ediciones extranjeras. Sin duda que la emulación y envidia á la buena suerte de la noble España, contribuyó á multiplicarlas con el objeto de poner en evidencia la injusticia de ésta al asolar un imperio tan discreta y sabiamente constituido. En esta singular campaña cúpole á la Francia una buena parte, por no decir la exclusiva, como que desde 1633 hasta 1830 se contaron nueve ediciones, incluyendo las que en 1704, 1706, 1715 y 1737 se hicieron en Amsterdam, que no fueron flamencas sino francesas. No las enumero por no cansar vuestra atención con relaciones meramente bibliográficas.

Si á estas ediciones añadimos la portuguesa de 1657, las dos inglesas de 1688 y 1869, y la alemana de 1723, tendremos una bien completa noticia bibliográfica de nuestros inapreciables *Comentarios Reales*

Después del Inca Garcilaso, volviendo al orden cronológico, nos encontramos con Francisco de Jerez, secretario que fué de Pizarro y uno de los más verídicos historiadores de la conquista. Dá Jerez á su obra el título de *Relación* y es tal, efectivamente. Se trata de un libro escrito en el campo de batalla, á raíz de los sucesos mismos que se narran, y

por un soldado sin erudición y sin letras, por el estilo de aquél que nos pinta Villoslada en su hermosa leyenda de Doña Blanca de Navarra. No le pidamos por consiguiente, digresiones filosóficas, citas ó documentos justificativos y compulsables. El nos cuenta lo que hizo y lo que vió, y cierto que con fidelidad comprobada, salvo tal ó cual lapso de pluma, que desde luego es bien dispensable.

Diez ediciones se cuentan hasta hoy de la Historia de Jerez. La príncipe se dió á la estampa en Sevilla, en 1534, cuando nuestro autor, convertido ya en opulento perulero, se trasladó á aquella capital á disfrutar con quietud de sus caudales, pues que en la barata acción de Cajamarca le cupieron 409 marcos de plata y 9.990 castellanos de oro.

“Uerdadera relacion | de la conquista del Peru | y prouincia del Cuzco, llamada la nueva Castilla: Conquistada por el magnífico | y esforcado cauallero Francisco piçarro hijo del capitan Gonzalo piçarro caua- | llero de la ciudad de Trujillo: como capitan general de la Cesarea y catholica mages- tad del emperador y rey nto. Señor: Embiada á su mages- tad por Francisco de Xerez, natural de la muy noble y muy leal ciudad de Seuilla, secretario del | sobredicho señor ento- das las prouincias y conquistas de la nueva Castilla y vno | de los primeros conquistadores della | Fue vista y examinada esta obra por mandado de los señores inquisidores | del ar- gobispado de Seuilla & impressa en casa de Bartholome perez en el mes de Julio. Año del parto virginal mil & quinientos y treynta y quatro.

(Folio. 18 hojas á dos colms. sin foliar).

La segunda edición se publicó en Venecia el año de 1535, cuando había apenas salido la primera de las prensas sevillanas. Fué su traductor y editor el navarro Domingo de Gastelú, Secretario de Don Lope de Soria, Embajador de Carlos V ante el Senado de aquella República (en 4.º 59 hojas sin foliar). En aquel mismo año la traducción de Gastelú se reprodujo en Milán, y ésta fué la tercera edición de la obra. La cuarta vió la luz pública en Salamanca el año de 1547 (25 hojas en folio).

La quinta, formando parte de los célebres viajes de Ramusio, se estampó en Venecia el año de 1555.

Debíase la sexta al infatigable González Barcia, quien la incluyó, como era natural, en sus *Primitivos historiadores de Indias*, obra que se publicó en Madrid el año de 1749. (Tomo III, pags. 169 á 237).

Las tres siguientes ediciones se publicaron en francés, alemán é ingles en los años de 1837, 1847 y 1872 en París, Stuttgart y Londres, respectivamente.

La última edición que conocemos es novísima relativamente. Se dió á luz en Madrid en 1890, y es el primer volumen de la *Colección de Libros raros y curiosos que tratan de América*. Edición muy completa y ordenada.

Otro de los cronistas del Perú más dignos de memoria es Francisco López de Gómara, natural de Sevilla, é ilustre vástago de Don Jimeno López de Gómara, uno de los conquistadores de aquella capital.

Publicó Gómara su Historia por vez primera en Zaragoza, el año de 1552, en casa de Agustín Millán, y fué tanto el interés que desde el principio despertó la obra, que al año siguiente fué menester hacer otra edición en Medina del Campo, en casa de Guillermo de Millis:

Con priuilegio de su Alteza. Por diez años | Primera y segunda parte de la His | toria general de las Indias con todo el descubrimiento y cosas nota | bles que han acaecido dende q. se ganaron asta el año de | 1551 | A costa de Miguel Gapi- la, mercader de libros, vecino de Zaragoza. Fué impressa la presente istoria de indias y conquista de Mexico en | casa de Agustin Millan. Y acabose vis | pera de Naudad Año de mil y quinientos y cincuenta y dos | en la muy noble y leal ciu | dad de Zaragoza.

(Folio, 122 hojas á dos colms.)

La segunda parte se refiere exclusivamente á Hernán Cortez, cuyo más decidido biógrafo sin duda que es Gómara.

Entrando ahora en la importancia de la obra, bien podemos asegurar, y sin temor, que el más severo crítico poco asidero encontrará en la Historia de nuestro Gómara. En la narración, por lo general, es veraz; en la dicción castizo, tanto que bien puede competir con Hurtado de Mendoza, con Mariana ó con Moncada; ordenado en el plan, y en tributar elogios á conquistadores bastante sobrio, de suerte que salva admirablemente aquel común escollo, que bien puede

en ocasiones hacer de la historia una continuada lisonja ó una intolerable diatriba. No obstante, la nimia susceptibilidad de los conquistados quiso ver en esta obra oscurecidas sus hazañas, sobre todo el célebre historiador de México Bernal Díaz del Castillo, quien con el fin exclusivo de desmentir á Gómara dió á la estampa su *Verdadera Relación de la Conquista de México*, y aún más, logró que el Supremo de las Indias calificase á nuestro historiador de libérrimo y mandase recoger la obra con público pregón y diligencias de escribanos y alguaciles.

En cambio, la obra de Gomara, tan crudamente perseguida en su patria, en el extranjero ganaba terreno día á día, principalmente en Italia.

La primera edición italiana se publicó en Roma, el año de 1556, con privilegio apostólico, en la imprenta de Luigi Dorici (en 4.º 211 hojas fols.).

La segunda edición completa se publicó también en Venecia el año de 1560, en la imprenta de Francisco Lorenzini de Torino (en 12.º, 306 hojas, fols.).

La tercera edición también completa se dió á luz en la misma ciudad de Venecia, el año de 1564, en la imprenta de Juan Bonadio (en 8.º, 312 hojas de texto, fols.).

La cuarta edición comprendió solo la segunda parte, y en esta forma se publicó en Venecia, en casa de Jordán Zilletti "Al segno della Stella", en 1565 (en 12.º 324 hojas fols.).

La quinta se publicó en la misma ciudad de Venecia, el año de 1576, en la imprenta de Camilo Franceschini (en 8.º 306, hoja fols.).

Del propio modo, las ediciones francesas en manera alguna anduvieron escasas. La primera se publicó en París, en 1569, y sucesivamente salieron en aquella misma capital cinco ó seis ediciones de la obra. La de 1605 reclama el título de quinta edición *Aumentez en certe cinquieme edition*, dato que Leclerc tiene por errado, pues á su juicio esta edición fué la sexta.

Por último, en 1578 Thomás Nicholas tradujo al inglés la obra que nos ocupa, y en aquel mismo año la publicó en Londres.

Necesitaríamos muchas páginas sólo para enumerar y refutar los cargos que se han hecho á Gómara, pues aún el

mismo Garcilaso, que, dígase lo que se quiera, es en mucho inferior á Gómara, se encara con él y lo trata de crédulo en demasía, sin tener en cuenta que áquel asunto, más vale no meneallo..... Con todo, autoridades indiscutibles dicen, y con mucha razón, “que sus contrarios no han hecho otra cosa que aumentar su fama”.

En el orden cronológico sigue á la historia de Gómara la de Cieza de León, autor de indiscutible mérito, á quien, en verdad, no se le haría favor con llamarlo el príncipe de los historiadores del Perú. Consta su obra de cuatro partes: la primera, única que el autor logró dar á la estampa, se limita á describir el teatro de la conquista; como dice Prescott: el paisaje en que los hombres de aquel tiempo pueden ser más fielmente retratados. La segunda trata del señorío de los Incas, de sus dinastías y de sus conquistas, y de la consolidación de su vasto imperio. La tercera, que aún permanece inédita, sin duda que tratará de la conquista; y finalmente la cuarta, toda se ocupa de las guerras civiles que sucedieron á la conquista y precedieron á la organización del Virreinato. El plan de la obra de Cieza es tan extenso como grandioso; su estilo es poco clásico, pero animado y pintoresco como el que más, de modo que la lectura de su historia, lejos de engendrar aquella monotonía de los viejos cronicones, despierta en el lector cierto interés que fascina, y aún hace que el profano juzgue muy superior elocuencia lo que no es más que artificio. Por punto general, se vé que el autor estaba dotado de un alto espíritu de investigación y de un criterio nada estrecho, no obstante que en ciertos puntos paga tributo á las ideas de su siglo, lo que sin duda es muy disculpable.

La primera parte de su historia se imprimió en Sevilla el año de 1553, en casa de Martín Montedoca y al año siguiente se hizo otra edición en Amberes. Respecto á ésta, nota Medina que unos ejemplares aparecen impresos en casa de Martín Nuncio y otros en casa de Juan Belleró, lo que hace presumir que en aquel mismo año se sacaron á luz dos ediciones de la obra de Cieza.

En 1555, traducida la obra al italiano, se publicó en Roma con privilegio pontificio, y cuando ya se trataba de verterla al francés y al alemán y el público clamaba por su pro-

secución, falleció el autor en España, á los cuarenta y dos años de edad. Sus manuscritos fueron recogidos por el Consejo de Indias y archivados, de suerte que no se tuvo más noticia de ellos hasta que el inolvidable Jiménez de la Espada y el Marqués de la Fuensanta del Valle publicaron los cuatro tomos que hoy conocemos: el *Señorío de los Incas* y las *Guerras Civiles de las Salinas, de Chupas y de Quito*.

Como obra literaria es sin ponderación la historia del Contador Agustín de Zárate, uno de los más bellos monumentos de la América latina. En dición acaso compita con Gómara, autor cuyo clacicismo es indiscutible: empero, viniendo á la veracidad de los hechos, deja nuestro Zárate muchísimo que desear. Ya, si el mismo no lo dijera, se dejaría entender que la mayor parte de su historia, más que á investigaciones propias se debía á relaciones ajenas. Aún lo poco en que él intervino y que desde luego pudo relatar *de visu*, parece que solo lo relata de memoria. Tan notables son los errores que aún en esta parte se le deslizan.

Él no permaneció en el Perú más tiempo que el que duró el tumultuoso gobierno de Nuñez Vela, período corto, pero fecundo en hechos, como que determinó la transición del estado anárquico en que quedó el país después de la conquista, al pacífico gobierno de los virreyes. ¿Por qué aún en esta parte es tan deficiente la obra de Zárate? Porque, como dije antes, habla sólo de memoria; sus palabras son la mejor prueba:

“Cierto capitán, dice, llamado Francisco de Carbajal, amenazaba que se vengaría del que fuera bastante temerario para intentar la relación de sus hazañas, etc.” No sé hasta que punto sea este motivo justificable; á mi juicio, cierto que no sería tan tenaz y extricta la vigilancia de Carbajal, que no le permitiese ni aún tomar buenos apuntes y lo indujese á hacer aseveraciones poco exactas. Esto no quiere decir que la crónica de Zárate sea inservible; lejos de mí aseveración tan necia: muchos pasajes oscuros no iluminados por otros cronistas, reciben en esta historia más que competente luz; su estilo, repito, no desdice de aquellos buenos tiempos del habla castellana, y si la obra, individualmente considerada no tiene gran valor, en el conjunto de las historias y

crónicas de la época, disfruta de una autoridad complementaria é irremplazable.

La primera edición se dió á luz en Ambers, el año de 1555:

“Historia del descubrimiento y conquista de las Provincias del Perú y de los sucesos que en ella ha habido desde que se conquistó hasta que el Licenciado de la Gasca, obispo de Sigüenza volvió á estos reynos y de las cosas naturales que en dicha provincia se hallan dignas de memoria la cual escreuia Agustín de Zarate, Contador de mercedes de Su Magestad, siendo contador general de cuentas en aquella provincia y en la de tierra firme. Ambers. Martin Nucio. 1555”.

(En 12°. con 273 págs. fols.)

La segunda edición se hizo en Sevilla, el año 1577, y podemos llamar tercera á la que insertó Barcia en sus *Historiadores Primitivos de Indias*. Vienen después en numeroso séquito las ediciones francesas, entre las que podremos apuntar la de 1706 (dos tomos en 8°. con 360 págs. el primero y 519 el segundo); la de 1716 (dos tomos, también en 8°. con 479 págs. fols.) y la de 1775 (dos tomos en 8°. con 360 págs. el primero y con 479 el segundo), y la de 1830 (dos tomos en 4°. con 317 págs. el primero y 443 el segundo). En 1663 se publicó en Venecia una edición italiana de la historia de nuestro Zárate, (en 4°. con 294 págs. fols.).

En el orden cronológico de los historiadores del Perú no es posible omitir al Capitán Pedro Pizarro, natural de Extremadura y, por ende, deudo del conquistador. Allá por los años de 1571 escribió una:

Relación del descubrimiento y conquista de los Reynos del Perú y del Gobierno y orden que los naturales tenían, y tesoros que en ellos se hallaron, y de las demás cosas que en él han sucedido hasta el día de la fecha.—Hechas por Pedro Pizarro, conquistador de estos dichos reynos y vecino de la ciudad de Arequipa. Año de 1571.

Juzgando la obra de Pizarro con la mayor equidad posible, es fuerza confesar que su *Relación histórica* tiene para nosotros muy escaso mérito. No hagamos cuenta de su desaliñado y rústico lenguaje, que para quien busca la verdad en este linaje de escritos, esta es circunstancia más recomendable, como que hasta cierto punto da á la obra un marcado

sello de autenticidad; concretémonos sólo á la veracidad del relato y el examen de éste decidirá nuestro juicio.

Comienza Pizarro por las expediciones que precedieron á la conquista, la sigue en la arriesgada acción de Cajamarca, en el aniquilamiento del Imperio, en las guerras civiles, y concluye con la pacificación del Licenciado Gasca; hechos todos en que el autor intervino, salvo la rebelión de Gonzalo Pizarro, que el viejo y leal soldado siempre reprobó. En todas estas narraciones le es muy difícil ocultar su espíritu de parcialidad, como enemigo del rebelde Pizarro; procura recriminarlo y hacer su causa más odiosa de lo que es en sí; los pobres indios no le inspiran más que desdén, y, por ende, todas las atrocidades de la conquista son para él perfectamente justificables. Con todo, él no pretende inclinar al lector á esta ó á aquella parte, y si lo hace es de un modo muy sutil y delicado. No tiene pretensiones de letrado; pero las tiene de muy veraz, y así se atreve á atacar á Cieza y á calificarlo de escritor venal, en sus narraciones antojadizo, y siempre dispuesto á quemar incienso en aras del interés. Esto para mí es uno de sus más injustificables errores, máxime cuando la crónica de Cieza aventaja en mucho á todas las crónicas de la época.

Otro autor digno de particular mención, y cuya obra seguramente que no conocéis, pues aún se conserva inédita, es el Iltmo. Don Fr. Reginaldo de Lizárraga y Ovando, natural de Medellín en Extrmadura, religioso dominico y Obispo de la Imperial en Chile. Da Lizárraga á su obra el título de *Descripción y Población de las Indias* y para con mayor facilidad desarrollar el plan que se propone, la divide en dos partes, en extensión casi iguales: la primera tiene á la vez el carácter de geográfica, política, estadística é histórica, y en ésto sin duda que mucho se identifica con la primera parte de la inapreciable crónica de Ciezas. Este autor nos describe el Perú tal como era cuando los conquistadores entraron en él y comenzaron su obra de transformación, y el P. Lizárraga nos lo describe cual quedó después de esta transformación, poco más ó menos cincuenta años después de la conquista, cuando gobernaba el Virreinato el Conde de Monterrey. Comienza el autor su descripción por la ciudad de Guayaquil, y

de aquí desciende por la costa hasta la Ciudad de los Reyes, de la cual se ocupa extensa y minuciosamente; continúa su gira por la costa hasta la villa de Camaná, de donde pasa á Arequipa para salir después con rumbo á Arica y proseguir su descripción por Chile y después volver al Norte y nuevamente principiar por Quito, Riobamba, Cuenca y otras ciudades de allende los Andes, hasta llegar al Cuzco, á la Plata y finalmente al Tucumán.

Es su estilo sencillo y casi vulgar, circunstancia que sin duda dá á la obra un sello de autenticidad bien definida. Sus relaciones geográficas son, por lo general, exactas, y salvo éste ó aquél cuentecillo poco serio, constituye una acabada pintura del estado del Perú á principios del siglo XVII.

La segunda parte es mucho más histórica que la primera; allí nos da razón circunstanciada de muchos Obispos, Virreyes y Provinciales; máxime del Marqués de Cañete, don Andrés Hurtado de Mendoza, cuya vida, menudamente narra.

En orden á la veracidad, sin duda que muy poco deja que desear, como que él mismo se encarga de advertirnos que narra lo que ha visto..... “como hombre que llegó á este Perú más há de cincuenta años, muchacho de 15 años con mis padres que vinieron á Quito, desde donde, aunque en diferentes tiempos y edades, he visto muchas veces lo más y mejor de este Perú. De allí hasta Potosí, que son más de 600 leguas, y desde allí al Reino de Chile por tierra, que hay más de 500 leguas, atravezando todo el Reino de Tucumán, y á Chile me ha mandado la obediencia ir por dos veces; esta que acabo de decir y fue la 2^a.; y la primera por mar desde el puerto de la Ciudad de los Reyes. He dicho esto porque no hablaré de oídas sino muy poco, y entonces diré haberlo oído más á personas fidedignas, lo demás he visto con mis propios ojos, y como dicen, palpado con las manos, por lo cual, lo visto es verdad y lo oído no menos; algunas cosas diré que parecerá contra toda razón natural, á las cuales el incrédulo dirá que de largas vías etc., mas el tal dará muestras de su corto entendimiento, porque no creen los hombres sino lo que sus patrias ven.”

A estos ligeros apuntes de crítica bibliográfica bien pudiéramos añadir las *Décadas* de Herrera relativas al Perú,

del propio modo que la *Historia* de Oviedo, la interesante *Crónica* del Palentino y mil otras Relaciones anónimas de conocida importancia, dignas de más dilatado estudio, y que rehuyen, desde luego, los cortos límites de un discurso académico.

Las precedentes historias, además de darnos alguna idea de nuestra Patria antes de la conquista, nos servirán de punto de partida para formar la verdadera historia del Perú. El hombre que con estos sillares emprenda la construcción del edificio historial de nuestra Patria, no cometería pecado contra la crítica, si consignara no tan solo las verdades demostradas, mas también las afirmaciones personales de los primitivos historiadores, aunque desposeídas de pruebas, y hasta lo mismo que hoy nos parece fabuloso y fantástico. La historia no es obra de un hombre ni de un día; tradiciones hay no publicadas, papeles escondidos en archivos, monumentos todavía no descifrados, pueden mañana formar demostración de lo que hoy nos parece capricho de un escritor crédulo ó fantasmagoría de algún iluso. Deben, pues, ser narradas las cosas y calificadas tal como hoy nos parecen: lo cierto como cierto, lo probable como probable y lo fabuloso como fabuloso, dejando al tiempo y á la fortuna de los críticos venideros, la prueba última de los presentes postulados.

La constancia, que es la gota que cava la peña, nos dará por fruto una obra donde aparezcan grabadas las glorias de nuestros antepasados, para bendecirlas y emularlas; los errores de la fragilidad humana para lamentarlos y evitarlos, las evoluciones progresivas ó los retrocesos de la Nación en particulares ramos de su vida pública, para continuar las primeras y remediar los segundos, de suerte que sea nuestra historia, á la vez que maestra de la verdad, estímulo de incesante acrecentamiento, y mirando atrás las generaciones, bendigan unánimes á los hombres abnegados impulsores y cantores de sus bienandanzas, los miembros del Instituto Histórico del Perú.
